

Sueño

Dulce Areli Sánchez Delgado

Lingüística y literatura hispánica

dulce.sanchezd@alumno.buap.mx

Se había quedado dormida en la sala de su casa, tenía la computadora en la mesa y una libreta en sus muslos. Su cabeza estaba recargada en el respaldo del sillón, las luces estaban encendidas, una ráfaga de viento entró por la ventana y la hizo estremecerse.

Su gata llegó corriendo de la cocina, empezó a maullar y a refregar su cabeza contra su mano derecha, abrió los ojos un poco y acarició al animal. Tenía la manía de colocar el celular arriba del librero, ese mueble que tenía libros antiguos y desgastados, para que no la distrajera mientras hacía sus tareas. El celular comenzó a sonar; era curioso porque no era su tono de llamada que ella había configurado, aun así se levantó y atendió la llamada.

– ¿Bueno?

Luego de unos segundos, colgaron.

Ya estando despierta, tocaron la puerta y el timbre sin parar; se levantó abriendo apenas los ojos, bostezó y estiró los brazos.

Abrió la puerta y ¡era su amigo de la infancia! Se emocionó mucho y se lanzó a sus brazos; se saludaron cálidamente y lo invitó pasar adentro. Platicaron durante varias horas, hace 10 años no se veían ya que él se había ido a Chiapas. Tenía un álbum de su infancia, y conservaba las fotos de aquellos años. Esa tarde se contaron anécdotas y rieron demasiado, recordaron aquel poema que recitaron juntos, el baile de graduación y las actividades que hicieron en el salón de clases.

Después de convivir hasta el anochecer, él se levantó abruptamente y dijo:

–Me tengo que ir, es tarde.

Ella lo invitó a quedarse.

–No, gracias, tengo que llegar, alguien me espera.

– ¿Quién?

–Una persona, no necesitas saber.

Se quedó extrañada por su repentino cambio de actitud y decidida le preguntó si estaba bien.

–Sí, estoy bien. –Dijo indiferente.

Quiso despedirse, pero él no la dejó, se dio la media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Cuando su mano tomó la manija volteó hacia ella, con sus ojos cristalinos y la mirada cansada le dijo:

–No quiero irme, pero tengo que hacerlo. Me esperan allá fuera.

Dio unos pasos hacia él, su amigo abría la puerta lentamente; y antes de que pudiera abrazarlo y suplicarle que no se fuera, lo vio irse caminando por la acera; parecía que arrastraba los pies, pero no podía oír sus pasos, quiso gritar su nombre, pero no tenía voz. El viento con su fuerza cerró la puerta frente a sus ojos. Sintió unas lágrimas por sus mejillas, quiso limpiarse, pero su rostro estaba seco y sin rastro alguno. Comenzó a llover y su gata, desde un salto desde la ventana, entró a la casa. Comenzó a maullar desesperadamente y a lamerle los pies.

Despertó de su siesta, se talló los ojos y se acomodó el cabello. Vio la computadora apagada y su cuaderno seguía en el mismo lugar, se rio de tal descuido. Su celular comenzó a sonar y cantó la canción de llamada, vio en

la pantalla que era un número sin registrar, contestó:

–Bueno, ¿Quién habla?

Colgaron al otro lado de la línea.

Acto seguido, se sentó y segundos después tocaron la puerta, suspiró y su corazón dio un pequeño brinco. Afuera llovía y ya era de noche. ●

